

EL ARTE SAGRADO DEL AMOR²

“Vean: ¡qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos!” (Sal 132).

*(Benito)... “volvió al lugar de su amada soledad y solo, bajo la mirada del Espectador divino, habitó consigo”.
Gregorio Magno³.*

En el capítulo 52 de la *Regla* de san Benito se trata del oratorio, es decir, del lugar específico en un monasterio donde cada día, en momentos precisos de la jornada, el monje viene a rezar los salmos con sus hermanos —“coro a coro”—, y en otros momentos hace allí su oración personal, vive un corazón a corazón, “una soledad íntima” con Dios. En este capítulo, san Benito no se contenta con una simple descripción del oratorio, no enumera tampoco los usos y costumbres, una serie de “instrumentos de las buenas obras” (*RB* 4) para dictar las acciones y gestos de los hermanos y condicionar su interioridad; sino que, muy simplemente, es decir, en muy pocas palabras, como creando espacios de silencio —de libertad— entre cada recomendación, enseña un “arte de vivir juntos” en la iglesia, espacio sagrado y lugar de vida por excelencia. Este arte compromete la libertad de cada hermano para una oración viva y apacible, común o solitaria, para una “oración ardiente” (*RB*, Prólogo, 4) del corazón: hacer la experiencia de una relación verdadera y profunda con Dios. Esta experiencia permite a Dios establecer su morada en nosotros y a nosotros establecernos en él, en su paz. Así, la oración, según san Benito, aparece en este sentido como una especie de *arte sagrado del amor*, más precisamente, como un arte para ejercer su libertad, arte por el cual el Espíritu Santo obra en el fondo de los corazones, allí trabaja, allí construye la paz a la manera de un guardián de la unidad, de un vigía que a la vez custodia y

¹ Monja de la Abadía *Sainte Marie du Rivet*, Francia.

² Artículo publicado en *Collectanea Cisterciensia* 72 (2010), pp. 28-39. Traducido por la Hna. María Eugenia Suárez, osb, de la Abadía Nuestra Señora de la Esperanza, Rafaela, Santa Fe, Argentina.

³ GREGORIO MAGNO, *Vida de san Benito*, ECUAM, 2010, p. 36.

despierta la comunión fraterna⁴.

“El oratorio será lo que indica su nombre: un lugar de oración. En este lugar no se hará otra cosa más que rezar, se pondrá solamente lo que es útil a la oración. Al terminar la obra de Dios, todos los hermanos saldrán en profundo silencio, con gran respeto hacia Dios. De modo que si un hermano quiere permanecer para rezar solo, los demás no lo molesten. Y cuando, en otro momento, un monje quiere rezar en el secreto de su corazón, entre simplemente y ore. No ore en voz alta sino con lágrimas y de todo corazón. El que no ore de este modo no tendrá permiso para permanecer en el oratorio después de la obra de Dios, como acabamos de decir. Así no molestará a otro hermano” (*RB*, 52)⁵.

Enseñanza de san Benito sobre la oración

Imbricada en la descripción del oratorio, la enseñanza de san Benito sobre la oración va a lo esencial. Él subraya los rasgos característicos de la oración del monje, que no son más que reflejos de los deberes de la vida monástica y de su profesión, del voto de obediencia, porque la oración implica una conversión de vida y de corazón: es una gracia de escucha profunda, de atención al otro y de presencia de Dios⁶, es un estado de espíritu, de vigilancia, el signo del despertar de la vida en sí. El que ora no es otra cosa que un guardián atento, un ser que saca la vida del interior de sí mismo, de lo más cercano a Dios que habita en lo íntimo del corazón. Por eso san Benito hace referencia a las *cualidades*⁷ que debe tener el monje, del mismo modo que el abad debe tener ciertas cualidades de corazón y de espíritu que le ayudarán en su cargo para obrar con rectitud, para inspirar amor más que temor⁸.

Las cualidades que debe tener el monje en la iglesia son las siguientes: la simplicidad (“Entre simplemente y ore”); la mansedumbre y la reverencia para con Dios y los hermanos (“Todos los hermanos salen en un profundo silencio, con gran respeto hacia Dios”, “Ellos no molestarán [al hermano que

⁴ No hemos encontrado una expresión equivalente que traduzca al español el juego de palabras: “un veilleur et un éveilleur de communion fraternelle” (N.d.T).

⁵ La A. utiliza la traducción de la RB en francés fundamental.

⁶ *RB* 19,1: “Creemos que Dios está presente en todas partes”.

⁷ O: *atributos monásticos*, que se adquieren con la experiencia, es decir “a medida que se avanza en la vida religiosa y en la fe” (*RB* Prólogo, 49).

⁸ *RB* 2: “Las cualidades que debe tener el abad”, y *RB* 64: “La elección del abad”.

ora]”); la discreción y el silencio (“Que no rece en voz alta”, sino “en el secreto del corazón”); la obediencia y la caridad (“Al que no ora de este modo no se le permitirá permanecer en el oratorio”, “así no molestará a otro hermano”). Todas estas cualidades ponen de manifiesto la gracia de la humildad, que debe ser la característica de los monjes, cualesquiera sean su cargo y su ocupación en la comunidad.

Además, para adquirir estas cualidades monásticas el monje debe, lo más regularmente posible, utilizar, subir y bajar la escala de la humildad descrita en el capítulo 7 de la *Regla*. Esta escala es un medio para descender a las profundidades de su corazón y entrar en el misterio del Amor de Dios; es decir, de ser elevado al conocimiento de ese Amor. Un poema del hermano Christophe, de Tibhirine, –“A la vertical del corazón”–, lo ilustra:

“Se ha hecho notar/ al oratorio le falta para alcanzar la ventana/ y poder abrir el cielo/ **una escala**/ la escala de la humildad/ tu mirada sobre mi miseria/ en escalones de ternura sin medida/ una escala de madera de aquí/ yo la abrazo bien fuerte/ y permanezco sujeto/al lugar de elevación”⁹.

Esta poesía hace eco a la hermosa afirmación de Benito: “Cuando nuestro corazón se vuelve humilde, el Señor eleva nuestra vida hasta el cielo” (*RB* 7,8).

Los rasgos característicos de la oración

Pero miremos más de cerca este capítulo 52 de la *Regla*. Están, en primer lugar, los rasgos característicos del lugar mismo, el oratorio, lugar de oración y de vida común, lugar que reúne el cuerpo comunitario, “rostro de Dios”¹⁰. En el oratorio comienza la construcción del edificio espiritual comunitario, y en la práctica de la oración y de la caridad a lo largo de la vida cotidiana, prosigue la construcción. Luego están los rasgos relativos a los comportamientos que deben tener los monjes en el oratorio y para con todos los hermanos de la comunidad. En el interior del oratorio la comunidad monástica comienza el aprendizaje de la caridad: el amor es una cuestión de práctica que nace de una vida de oración. Están, finalmente, los rasgos que se refieren a la práctica de la oración solitaria. En el secreto de su corazón el monje experimenta un encuentro sagrado con Dios, y este encuentro se ve favorecido por todo un ambiente comunitario, una atmósfera de oración, de silencio y de amor que reina en la iglesia, pues el corazón de cada hermano es modelado

⁹ Hermano Christophe LEBRETON, *Aime jusqu'au bout du feu*, ed. Monte Cristo, 1997, p. 88

¹⁰ *Ibidem*, “Iglesia toda misericordia y tu Rostro”, p. 135

por lo que lo rodea: el amor atrae el amor, la paz da la paz, el silencio nos hace habitar con nosotros mismos y permanecer en Dios, el buen ejemplo de los demás nos estimula, etc.

En este sentido, y considerándolo más de cerca todavía, aparece el hecho de que estos diferentes rasgos relativos a la oración según san Benito destacan tres lugares sagrados o medios divinos para hacer la experiencia de la presencia de Dios: la iglesia, la comunidad, el hermano. En efecto, esos diferentes rasgos esbozan unos puntos de referencia en el seno de la vida monástica y nos dirigen de un lugar sagrado al otro: de la iglesia a la comunidad, del cuerpo comunitario al claustro de las profundidades: el corazón del monje. Guiado por las recomendaciones de san Benito, el monje puede avanzar con seguridad: va de un lugar a otro, de sí mismo a Dios, de Dios a los demás, de los demás a Dios, de Dios a sí mismo, sin interrupción. Va hacia adelante indefinidamente sin dar vueltas jamás ni sobre sí mismo ni en el monasterio. Y cuanto “más avanza en la vida religiosa y en la fe” (*RB* Prólogo, 49), más se sumerge en el misterio oculto “a los ojos de los sabios”¹¹: se sumerge en el corazón del misterio de Dios, de su amor. Pues el monje desciende a las profundidades de Dios al entrar en la iglesia (templo de piedras), desciende más profundamente todavía al entrar en la comunidad (templo espiritual de piedras vivas) y habitando consigo mismo (en la intimidad invisible, impenetrable y sagrada de su corazón), alcanza el conocimiento del Amor de Dios. Gracias al descubrimiento de sí mismo el monje descubre el Amor de Dios hacia él y hacia la comunidad de la que es miembro. Cuanto más penetra en sí mismo, más descubre un Amor que sobrepasa las fronteras de las pobrezas humanas y las de sus propias miserias, de sus cálculos. Dios practica un Amor sin fronteras, ama sin hacer acepción de personas¹². Él no calcula la dispensación de sus dones¹³.

El capítulo 52 sobre el oratorio es entonces una invitación a emprender una verdadera aventura interior para descubrir el Amor de Dios. Ahora bien, esta aventura extraordinaria pasa por la loca aventura ordinaria de la vida monástica de todos los días. El hombre de oración es una morada divina, preciosa y única: él es en sí mismo todo un mundo en absoluto evidente para atravesarlo... En ciertos momentos de la vida, el monje es en sí mismo un país de tierras áridas que él atraviesa en la fe. En otros momentos, un país que mana leche y miel, colmado de ecos de su alegría, de su reconocimiento, de los cantos interiores de su acción de gracias. Nuestra actitud de respeto por el lugar de la oración nos abrirá las puertas incluso de la Eternidad: las que

¹¹ *Lc* 10,21: *Has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños.*

¹² *Rm* 2,11: *No hay acepción de personas en Dios.*

¹³ *1 Tm* 6,17: *Dios, que nos provee espléndidamente de todo para que lo disfrutemos.*

se abren en el interior de nosotros mismos y por las cuales podemos cruzar el mundo y sus incertidumbres; pasamos del mundo al Padre. Pero los tres “lugares divinos” (la iglesia, la comunidad, el monje) donde se experimenta la oración requieren todos ellos, de parte de cada hermano, un compromiso: la práctica del amor (de Dios, de los hermanos y de sí mismo), la obediencia a los mandamientos de Dios: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo* (Lc 10,27).

Las características de la oración según san Benito tienen como fin, entonces, abrir nuestros ojos de carne hacia lo invisible, lo esencial, y establecernos así en una vida de fe. Pues a través de la descripción del oratorio, Benito trata de mostrarnos que el verdadero edificio santo es el templo del corazón: lugar único, pero olvidado tan a menudo, incluso manchado por todas las vanas preocupaciones o las vanas palabrerías; lugar oculto, de aspecto irrisorio, vaso de barro sin valor aparente pero “vaso sagrado del altar” (RB 31,10) que contiene el Infinito, ¡la Grandeza de Dios! San Benito descubre a sus hermanos lo que ellos son: templos santos, y de esa manera, les enseña a entrar en sí mismos, a habitar en su propio edificio interior, la morada eterna de Dios entre los hombres, para descubrir el Amor *derramado en [sus] corazones por el Espíritu Santo que [les] ha sido dado* (Rom 5,5). De modo que cuando el monje entra en la iglesia, comienza a penetrar en sí mismo, es decir en “tierra santa”.

La custodia del corazón

Si de este modo san Benito nos hace tocar con el dedo lo que somos todos nosotros, monjes y monjas, es para invitarnos a tener un cuidado particular de todo nuestro ser y de la comunidad, como “vasos sagrados del altar” (RB 31,10), por la práctica de diversas virtudes monásticas: la simplicidad, la mansedumbre, la reverencia para con Dios y con los hermanos, la discreción, el silencio, la obediencia y la caridad: todo lo que constituye la gracia de la humildad. Debemos pues mantener con cuidado lo que somos, como se mantiene un lugar, a fin de volverlo acogedor, de mantenerlo limpio y en buen estado. El mantenimiento interior o cuidado del corazón se realiza por la confesión de las faltas a Dios mismo, a la manera del publicano del Evangelio (Lc 18,10-14). ¡La comunidad monástica es un templo de piedras vivas! Las piedras no vivirán sino en la medida en que permanezcan en el Amor, ese triple respeto a Dios, al prójimo y a uno mismo.

La custodia del corazón o la pureza del corazón, morada del Amor... San Benito era un hombre de oración. En los *Diálogos*, san Gregorio Magno dice de él que “habitaba consigo”¹⁴. Es una expresión muy hermosa que revela

¹⁴ GREGORIO MAGNO, *Vida de san Benito*, p. 36: “Acto seguido, [Benito] volvió al lugar

la personalidad de Benito: ella nos descubre el secreto de la práctica de su oración personal y del mantenimiento de la pureza de su corazón.

“Este hombre venerable habitó consigo, porque teniendo constantemente fija la atención en la vigilancia de sí mismo, mirándose siempre ante los ojos del Creador y examinándose sin cesar, no permitió que la mirada de su espíritu divagara por fuera. [Así guardó puro su corazón]. [...] Por consiguiente, el venerable Benito habitó consigo en aquella soledad en cuanto se mantuvo dentro de la clausura de su pensamiento”¹⁵.

Para san Benito, la oración, ya sea silenciosa y solitaria o coral y comunitaria, es un asunto del corazón, de la interioridad. Es un diálogo, un cara-a-cara “*en-visage*”¹⁶ con Dios, que pide las mismas actitudes y prácticas ascéticas que requieren la humildad y el silencio: descender a lo más profundo de sí para que la oración se eleve “*como incienso delante de Dios*” (Sal 140,2), evitar el machaconeo de las palabras, para dejar que el Espíritu Santo se exprese en uno “*con gemidos inefables*”¹⁷, a fin de querer lo que Dios quiere: “Además pedimos a Dios en la Oración que se haga en nosotros su voluntad” (RB 7,20). Pero este diálogo es una cuestión de pureza de corazón, es decir de humildad y de pobreza, de disponibilidad interior, de libertad. Es una cuestión de renunciamiento a sí mismo, a todo lo que nos habita, a lo que atraviesa el espíritu, los sueños como los pensamientos, buenos y malos. Es entonces una cuestión de ascesis, de despojamiento interior. Conviene, en este sentido, “no tocar la trompeta” cuando se ora, evitar la actitud del fariseo, tan seguro de sí mismo.

“Si cuando queremos sugerir algo a hombres poderosos, no osamos hacerlo sino con humildad y reverencia, con cuánta mayor razón se ha de suplicar al Señor Dios de todas las cosas con toda humildad y pura devoción. Y sepamos que seremos escuchados, no por hablar mucho, sino por la pureza de corazón y compunción de lágrimas” (RB 20,1-3).

de su amada soledad y solo, bajo la mirada del Espectador divino, habitó consigo”.

¹⁵ GREGORIO MAGNO, Vida de san Benito, pp. 37-38.

¹⁶ Expresión de Christian de CHERGÉ en “*Quand un À-Dieu s’envisage*”, *Testament de Christian de Chergé, Sept vies pour l’Algérie*, Bayard/Centurion, Paris, 1996, p. 212.

¹⁷ Rom 8,26-27: “*El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu, y sabe que su intercesión en favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina*”. El Espíritu quiere lo que Dios quiere.

Un combate cotidiano

Pero la oración no se limita al corazón-a-corazón con Dios en un momento particular de la jornada y a un pequeño lugar bien preciso en la iglesia donde me gusta sentarme, lejos de los demás, donde de hecho no busco la quietud en Dios, sino una cierta tranquilidad que es huida de las dificultades de la vida común... La oración es un combate, que no hay que tener miedo de sostener, pues ella nos libra a nosotros mismos y nos permite el encuentro con nosotros mismos. A la manera de las Escrituras, el silencio en la oración es como un espejo, un espejo de verdad. En el silencio de la oración, vemos lo que somos, y muy a menudo, frente a nuestra miseria, no nos atrevemos a creer en el Amor de Dios, del Dios *“más grande que nuestro corazón”* (1 Jn 3,20b). Nosotros nos inclinamos a condenarnos en caso de que *“nuestra conciencia nos reproche algo”* (1 Jn 3,20a); debemos resistir al sentimiento de que Dios está lejos, de que no somos dignos de él, o que nuestra presencia en la iglesia es inútil porque, aparentemente, no pasa nada ni en nosotros mismos ni a nuestro alrededor. De hecho, la oración es el momento favorable para creer y convertirse al abrigo de las miradas. Es el momento propicio para dejarse transformar interiormente, construir, *re-crear*. Es el momento de establecerse bajo la mirada de Dios y experimentar la ternura de su Amor. La oración nos saca de nuestro estado de miseria, nos arroja al mundo y nos hace acoger la vida. ¡La oración, es la Vida!

De modo que la oración, para Benito, es un estado de espíritu y de vida, es decir un corazón-a-corazón continuo a lo largo de la jornada, un cara-a-cara que se inscribe en la duración, a fin de proseguir la construcción del cuerpo espiritual y místico que es la comunidad, pues la construcción del cuerpo de la comunidad no está nunca acabada, la comunidad está permanentemente en obra, en camino de conversión, en camino de esperanza. El monje no es monje únicamente cuando ora, así como el cristiano no lo es únicamente cuando se encuentra en la iglesia. ¡Paradójicamente, Benito dice que es en el trabajo donde el monje llega a ser verdaderamente monje! (RB 48,8). Para él, **orar es vivir**, pues toda oración continúa en las actividades de la jornada, donde todo lo que yo puedo hacer, lo hago por amor, en el nombre de Cristo, en la obediencia, la verdad, en la búsqueda del bien, de la paz, etc. *Nada nos separará del amor de Cristo* –dice san Pablo–, *ni la vida, ni la muerte, ni el presente, ni el futuro* (Rm 8,38-39). En consecuencia, nada debe separarnos de Dios mismo: si estoy con Dios en la oración, permanezco también con Él en el trabajo; si estoy con Él durante el sueño, permanezco con Él durante la comida. Pecador, no dejo de ser por eso creatura amada por Dios. Mi pecado ha levantado una barrera entre Dios y yo, pero Dios es capaz de ver, más allá de esta frontera y más allá del mal, el bien que está en mí. Por eso, la vida cotidiana es oración incesante. Y en cada hora que pasa, el monje se transforma

interiormente, “su corazón se dilata [...] con inefable dulzura de caridad” (*RB* Prologo, 49); está cada instante más cerca de Dios, unido a él, no hace sino “uno” con él. Y entonces es verdaderamente monje.

El camino hacia la humanización

Pero volvamos sobre la noción de pureza de corazón en san Benito, pues ella es el principio de la oración. La pureza de corazón consiste en tener un corazón desembarazado de sus múltiples inquietudes; en ser una persona que, habiendo adquirido una cierta madurez interior, espiritual y afectiva, es profundamente libre, es decir dueña de sí misma, de sus pasiones; que permanece siempre ella misma, y asume como una gracia sus debilidades. Para Benito esto es capital. Una persona es verdaderamente libre no por el hecho de que no tenga tentaciones, sino por el hecho de que puede elegir el bien antes que el mal¹⁸. El aprendizaje de la libertad pasa por la aceptación (la confesión) de toda nuestra dimensión humana pecadora, de nuestros límites y debilidades, a fin de ponernos verdaderamente al servicio de Dios y del prójimo, para que nuestra oración sea escuchada y nuestra vida se convierta en un verdadero testimonio de esperanza.

En su *Regla*, san Benito legisla en vistas a la vida monástica; pero observando más de cerca, casi en cada una de sus indicaciones, señala con el dedo las debilidades y límites de todo hombre. La *Regla* es una hermosa y exacta descripción de la naturaleza humana, pero de una naturaleza humana integrada en el plan de Salvación, acogida como una gracia fundamental para la buena marcha de ese peregrino que es el monje en el desierto monástico¹⁹. Todo es mesurado, pues el monje, por santo y consagrado que sea, no deja de ser por eso un hombre. Finalmente, la vida monástica es el aprendizaje de la vida humana. Allí se aprende a llegar a ser uno mismo y no un ángel; a ser humilde, humano.

En este sentido, como lo hemos dicho más arriba, la oración es forzosamente un combate, implica una lucha. Por eso es necesario practicar la apertura de corazón. La confesión de las faltas “cometidas en secreto” (cf. *RB* 7,44) a un padre (una madre) espiritual es un “purgativo”, un tratamiento eficaz para liberar el corazón. La oración jamás es anodina: es un camino que nos conduce a Dios y nos lleva al corazón de nosotros mismos. Ahora bien, muy

¹⁸ Él ha hecho la experiencia: recordar el relato de la tentación de la carne (GREGORIO MAGNO, *Vida de san Benito*, pp. 31-32) o el episodio de los monjes que quisieron envenenarlo (*ibidem*, pp. 35-36).

¹⁹ Pensemos en la manera como Benito trata la cuestión del vino (*RB* 40), de la comida (*RB* 39) y del vestido (*RB* 55) en la *Regla*.

a menudo ese camino es árido, una travesía necesaria para dejarnos y volver a Dios. Tenemos entonces necesidad de ser guiados, llevados, para permanecer en el camino, para perseverar. La oración es un camino de purificación y de conversión, porque, cuando entramos al corazón de nosotros mismos, penetramos en realidad al corazón del Amor... desde donde Dios nos llamará a ir hacia los otros.

La vida de Benito nos proporciona por sí misma el testimonio. Dios tiene mucho humor y al amar a Benito lo llama, de hecho, a dar lo mejor de sí mismo, a amar a su prójimo con todo su corazón, con toda su alma, ¡como a sí mismo! Gregorio Magno, en *Los Diálogos*, nos cuenta cómo san Benito, después de su conversión, buscó la vida solitaria “para vivir sólo para Dios”²⁰, no anteponiendo nada al amor de Cristo (*RB* 4,21). Ahora bien, a cada tentativa de retiro del mundo —y no de repliegue sobre sí mismo!—, Dios llevaba cerca de Benito un amigo: el monje Román, sacerdotes, cristianos que querían ser enseñados, pastores, religiosos, etc. Dios no perturba en absoluto a Benito: lo llama a amar y a ser amado. Por eso el santo acoge generosa y afectuosamente²¹ a los que vienen a verlo. Dios no lo pone fuera de su gruta ni fuera de sí mismo, pero lo envía junto a otros que le revelan en cada caso un nuevo rostro de su divinidad y de su bondad. (Pensemos en el sacerdote que le trae la comida y le anuncia la Pascua²²). Dios se manifiesta, pues, en el interior y en el exterior. Se lo busca en la soledad del corazón y se lo halla en el encuentro con el prójimo. Estas experiencias de Benito han sido fundamentales por las consecuencias, para este legislador de la vida común, y son ricas enseñanzas para nosotros hoy: Dios nos espera cerca de los otros, o más bien, Dios quiere que, por nuestra vida en él, a ejemplo de san Benito, atraigamos a los demás a él a fin de que Dios “nos lleve a todos juntamente a la vida eterna” con él (*RB* 72,12). Como dice san Gregorio Magno: “Dios quiso que la vida de Benito se diera a conocer como ejemplo a los hombres, a fin de que la luz, puesta sobre el candelero, resplandeciera e iluminara a todos los que están en la casa²³”: “un signo sobre la montaña²⁴”.

²⁰ Marie-Pierre FAURE, Himno para la fiesta de san Benito.

²¹ GREGORIO MAGNO, *Vida de san Benito*, p. 25: “Benito, joven piadoso y compasivo”.

²² GREGORIO MAGNO, *Vida de san Benito*, pp. 29-30.

²³ *Ibidem*, p. 29.

²⁴ Título de un libro de Raymond MENGUS sobre la vida actual de los cistercienses de Ntra. Sra. del Atlas en Marruecos, Paris, 2008.

Conclusión

Recordemos entonces los puntos esenciales que nos muestra san Benito en el capítulo 52 de su *Regla*, a fin de convertirnos en testigos de esperanza, en luces en la noche del mundo. *La iglesia es una casa de oración*. La manera de comportarse en el oratorio es una etapa primordial en la oración, es el primer camino que nos lleva a descender en nosotros mismos, a hacer acto de humildad: olvidarnos para pensar en los otros, hacer silencio para dejar que el diálogo divino continúe en el interior de cada uno. El oratorio es un lugar específicamente reservado para la oración, debe ser simple, silencioso, debe reunir a los hermanos para la oración común y permitir la oración personal. Cada uno es, pues, responsable del “lugar” por su manera de ser, de desplazarse suavemente, de orar silenciosamente. Si estoy en la iglesia por una razón distinta de la oración, comienzo a transformarla, a quitarle su significado, su razón de ser. Y si hago ruido, impidiendo orar a los demás, yo arrojo a los “orantes del templo”, impido la quietud interior, y entonces, al quedar desierta, la iglesia ya no es más “una casa de oración” (Lc 19,46); perturbado, el monje no puede encontrar a Dios “que habla al corazón”. La iglesia es sagrada a causa de la presencia de Dios y de la presencia de los hermanos que oran. Por mis actitudes, haciendo allí otra cosa en lugar de orar, la desacralizo, y Dios no puede establecer su Morada entre nosotros ni nosotros establecernos unos a los otros en la paz

El templo del cuerpo comunitario es la morada del Amor

Los hermanos entran, permanecen, salen en el silencio, la mansedumbre, la discreción. Su va-y-ven en la iglesia es un modo de andar comunitario (para la celebración de los oficios) o personal (para la oración); en los dos casos, la respuesta a un llamado de Dios a la oración. Los hermanos son los que mantienen el lugar, pero ellos crean y mantienen también el ambiente, la atmósfera propicia para la oración; ellos son responsables y guardianes del silencio, es decir, de la interioridad. Esta responsabilidad de los monjes está motivada, en primer lugar, por un gran respeto hacia Dios presente en el oratorio, donde se lo venera y, en segundo lugar, por un gran respeto hacia el hermano que ora, al que no tiene que perturbar pues *en el secreto de su corazón* se desarrolla un encuentro único, un faz a faz y un corazón a corazón que va a contribuir al bien común. El respeto de los monjes hacia Dios y hacia sus hermanos se manifiesta esencialmente en sus actitudes exteriores, silenciosas y suaves, que son signos de humildad y de amor: caminar, abrir y cerrar las puertas suavemente, evitar el ruido, la palabra, las vanas ocupaciones, etc. La vida de comunidad, con todo lo que ella implica de molestias (que son los de-

beres de la caridad), es la segunda etapa que nos conduce a descender un poco más en nosotros mismos y nos permite considerar al otro como más grande, más importante que nosotros, a hacerlo pasar primero. La vida comunitaria revela lo que habita, o más bien, lo que arde en el corazón del monje, el fuego del amor o el fuego del odio.

“En el corazón, puede haber un fuego malo y amargo que separa de Dios y conduce lejos de él para siempre. Puede haber también un fuego bueno que separa del mal y conduce a Dios y a la vida eterna. Los monjes encenderán este fuego en sus actos con un gran amor. He aquí cómo: cada uno querrá ser el primero en mostrar respeto a su hermano. [...] Ellos respetarán a Dios con amor” (RB 72,1-4. 9).

Los monjes se retiran del oratorio en silencio y con suavidad por amor al hermano, a fin de permitirle vivir su aventura interior. Obrar así no puede dejar de ayudarnos a vivir también nosotros en lo más profundo de nosotros mismos el Encuentro, a orar en la soledad y el secreto del corazón, nuestra celda interior.

El templo del corazón es un “arca espiritual”²⁵

El monje ora con sus hermanos en la celebración de la Liturgia de las Horas. Fuera de los oficios, ora también en el fondo de su corazón, en silencio y en la soledad. Él realiza esta actividad personal según la gracia que el Señor le ha concedido: “a no ser que se prolongue por un afecto inspirado por la gracia divina” (RB 20,4). Ora “con lágrimas y con fervor del corazón” (RB 52,4), dice san Benito, como un pobre ante la grandeza de la misericordia de Dios. Ora humildemente, “en secreto” y no a los ojos del mundo o de los otros hermanos de la comunidad, a fin de no manifestar suficiencia espiritual, de no ofrecerse en espectáculo y dar una falsa imagen de su vida interior; de manera de ser en verdad, coherente con la Palabra de Dios que pide que se ore en lo secreto. Esto se debe a que el monje debe velar para guardar secretas, ocultas, las gracias de la oración; debe guardarlas “en la tierra de [su] corazón²⁶” según una hermosa expresión de san Bernardo, esa tierra interior donde Dios siembra lo que quiere, cuando quiere, donde Dios mismo recoge los frutos y los distribuye como quiere. Es necesario orar como un pobre, con humildad, es

²⁵ Cf. ELREDO DE RIEVAULX, *El espejo de la caridad*, III,38 [106], Coed. Monasterio Trapense de Azul-Ed Claretiana, Buenos Aires, 1982, p. 249

²⁶ BERNARDO DE CLARAVALL, *Sermones Litúrgicos. En la Resurrección del Señor*, 2, BAC 473, 1986, p. 95.

decir, sin buscar enriquecerse o recibir una recompensa, sino únicamente para encontrar su alegría en el Señor. Hay que orar en la gratuidad, la esperanza y la fe, como verdadero discípulo de las Bienaventuranzas. El monje no es más que esto para san Benito: un pobre, un publicano y un discípulo de las Bienaventuranzas. Dios es quien conduce todo a buen fin: tanto la oración del monje como la obra de sus manos. El monje debe entonces “orar en el secreto de su corazón”, con toda humildad, con la actitud exterior e interior del publicano, pues el monje es un “hijo pródigo”, ha vuelto a la vida y vuelto “a sí mismo”, debe convertirse sin cesar, lamentar sus faltas y reconocerse eternamente pobre pecador²⁷. La oración le permite hacer una revisión de vida y dar gracias. “Confesar diariamente a Dios en la oración, con lágrimas y gemidos las culpas pasadas” (RB 4,57). Dios recomienda orar en lo secreto, y él agradece esta práctica, pues ve en lo secreto lo que nadie es capaz de adivinar. Si la iglesia es despojada, simple, pobre y se mantiene así, es para que sea el lugar ideal y propicio para la oración, para favorecer el recogimiento del monje. Del mismo modo, el corazón del monje debe ser interiormente humilde, despojado, simplificado por lo único necesario: el Amor de Dios; su corazón debe estar “reunido”, es decir ser “uno”, apacible, liberado de preocupaciones, de manera que pueda ser la Morada acogedora de Dios.

“El misterio de la gracia es la nube luminosa detrás de la cual Dios vela su tabernáculo, el centro íntimo de nuestro ser. Guardémonos de profanar este santuario colocando allí nuestros propios ídolos –nuestras ideas y nuestras imágenes– en el lugar de Dios. Una de las finalidades esenciales de la vida monástica es guardar el templo interior del alma vacío de sus ídolos, a fin de que Dios pueda ser adorado siempre en el silencio sagrado, el único que permite que nuestros sentidos espirituales lo escuchen”²⁸.

Abbaye Sainte Marie du Rivet
F – 33124 Auros
FRANCIA

²⁷ “Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón, recibe con gusto los consejos de un padre que te ama y haz verdaderamente todo lo que te dice. Por el trabajo de la obediencia, volverás a Dios. En efecto, negándote a obedecer por falta de coraje, tú te habías alejado de él” (RB, Prólogo 1-2).